

## CAPILLA SEUT, 20 enero de 2010

Nehemías 8, 1-10; 1 Corintios 12, 12-31a; Salmo 19; Lucas 4, 14-21

### «Teólog@s balbucientes»

*Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, roca mía y redentor mío.*

[Escenificación del texto de Nehemías 8, 1-10. Al mismo tiempo que se lee el texto, otras dos personas lo leen en otros idiomas].

El texto de Nehemías nos expone ante una realidad necesaria. El pueblo exiliado ha vuelto y se ha recompuesto. Por fin se han creado las estructuras que evitan cierta anomia y se pasa ahora a rellenar ese vacío legal y relacional con la lectura pública de la ley de Dios. Como suele ocurrir, necesitamos traducir esta ley divina para que los que escuchan «captan» su sentido, lo cual Esdras es presto a realizar por medio de la primera «lectura en estéreo o surround» de que tenemos noticia.

Mientras Esdras lee el texto de la ley, los levitas hacen entender al pueblo llano el sentido de la lectura. Nunca antes había leído este texto así, pero al tratar con nuestros cuatro textos en conjunto, hay elementos nuevos que no había observado antes como para que tuvieran alguna repercusión en su interpretación. Me llama la atención la diferencia de respuesta ante la lectura. Por un lado el pueblo responde a la lectura de la ley y su sentido mediado con tristeza (v. 9). ¿Por qué llora el pueblo? El texto no lo explica, pero lo que es curioso es la exhortación que se les da de parte de los que median el conocimiento de la ley: les exhortan a que se alegren, pues es día santo. El pueblo tiene que festejar, comer y beber, a compartir la comida. Al final, como si se hubiera impuesto la «interpretación» de los que saben, sigue el texto:

*Los levitas, pues, hacían callar a todo el pueblo, diciendo: Callad, porque es día santo, y no os entristezcáis. Y todo el pueblo se fue a comer y a beber, y a obsequiar porciones, y a gozar de grande alegría, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado. (Neh 8, 11-12).*

No es mi intención imponer un halo de sospecha sobre el texto. Me interesa sólo hacer notar que las reacciones son distintas y que se le guía al pueblo a una experiencia que parece, en principio, distinta de la que han tenido en un primer momento, en respuesta a la lectura del texto y a la explicación de su sentido.

## ¿Qué nos puede querer decir esta narrativa?

El texto del Salmo 19 parece una alabanza de la ley de Dios. Se trata, sin duda, de uno de esos textos que más se usan en la iglesia para hablar de las bondades y propósitos de la ley de Dios. Y, sin embargo, me llama algo la atención... La ley misma no es suficiente, el orante apela directamente a Dios:

*¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí. Entonces seré íntegro y estaré limpio de gran rebelión. (Salmo 19, 12-13)*

El orante es consciente de que la ley de Dios no es suficiente por sí misma, necesita del encuentro directo con el Dios creador, aquel que conoce los entresijos de su creación y puede evitarle de caer en errores que aún, a pesar de sus esfuerzos por cumplir con la ley, le están ocultos. Existe una imperante necesidad de Dios en nuestras vidas para que podamos hacer una buena «traducción» de la ley de Dios: sus preceptos, mandamientos, juicios, testimonios, etc.

Y así continuamos con el texto de 1 Corintios 12. Llama la atención que el autor principal de todo es Dios, y así se quiere reflejar. Dios coloca a los miembros según le place, él reparte mayor honra allí donde falta, Dios hace y deshace, Es la lógica de Dios la que debe imperar para que se dé el buen funcionamiento del cuerpo de Cristo, su iglesia. El uso de los dones y de los ministerios, en último término, tiene que ver con ser canales de la obra y el poder de Dios. Y eso tiene mucho que ver con nosotros, porque hemos sido llamados por Dios para ejercer su llamado en el seno de la iglesia según su lógica. Estamos aquí preparándonos para poder así mejor servir a la iglesia, afilando nuestras herramientas para así mejor hacer entender al pueblo llano el sentido del texto para que pueda responder a él con coherencia. A todas luces, una gran responsabilidad, pues podemos perder de vista la lógica de Dios en el proceso.

Esto nos lleva al cuarto y último texto de hoy, Lucas 4, 14-21, donde observamos una reprimenda a las autoridades religiosas, a aquellos que se consideran justos. Sin embargo, es de los marginados, de los desahuciados, los gentiles, desde donde Dios construye la historia. Al fin y al cabo se trata del Reinado de Dios, y él establece las normas. Dios es quien lo activa y dinamiza a través de su presencia, aunque en ocasiones creamos que lo logramos nosotros a través de nuestros esfuerzos. Mal encaminados iríamos en este sentido si, llegados a este punto, aún siguiéramos pensando que la iglesia depende de nuestros esfuerzos y preparación teológica. Dios es misterio profundo, y haríamos bien en ser más conscientes de este hecho.

Debemos tener cuidado con la interpretación y sentido que damos al misterio quien es Dios. Moisés, ante el Misterio, sólo tartamudea y alude a su incapacidad verbal. Como expresa J. M. Mardones, «La cercanía de Dios, el temor de lo inefable, produce

la conciencia de la incapacidad de hablar del Misterio: la presencia que emerge de la zarza ardiente desvela su carácter radicalmente inconcebible, inimaginable, indecible. “Él es el que es”. Los que más saben son los que más callan. O cuando hablan, saben que sólo balbucean» (*La vida del símbolo*, 68).

Y sin embargo, Moisés se apoya en Aarón, quien *sí habla bien* (Éx 4, 14). «El sacerdote es el que habla bien, mucho, acaso demasiado, de Dios ... El Talmud, según la tradición rabínica, es ese hablar incesante sobre Dios y su Misterio de los que quizá no hayan escuchado demasiado a Dios. Los que escribimos de cuestiones teológicas o religiosas estamos en esta tradición de verborreantes sobre Dios. Hablamos de lo que no sabemos y, finalmente, traicionamos la revelación de Dios» (*La vida del símbolo*, 68).

*Hablar sobre Dios o de lo que Dios ha comunicado a los hombres es un mandato del mismo Dios: de Dios a Moisés: “Háblale –a Aarón– y ponle mis palabras en su boca”. Pero a condición de que se hable por mediación o delegación de quien ha visto y oído. Por eso, cuando el hablar religioso se independiza de la “experiencia mística”, de la escucha de Dios, entonces se cae en la logomaquia que habla muy bien, pero comunica poco o nada del Misterio de Dios. Se ha perdido la reserva de la tartamudez que produce la cercanía de Dios, y se tiene la soltura humana del concepto claro y distinto. Se articula muy bien, se expresan las cosas muy claramente, de forma adulta e ilustrada, pero se han evaporado la mudez y la “minoría de edad” del que ha pisado terreno sagrado. (La vida del símbolo, 68-69).*

Que nosotros, como aquellos que asumimos la responsabilidad de ser canales de interpretación del Misterio de Dios al pueblo llano, y que por ello trabajamos arduamente, podamos tener un encuentro más profundo con el Misterio de Dios, de forma que lo que salga de nuestra boca sea auténtico, forjado en la intimidad del encuentro, palabras o silencio y, siempre, balbuciente discurso del Dios en quien confiamos. Amén.

Sergio Rosell

El Escorial,